

LA CEREMONIA DE UN REENCUENTRO

Luis de Tavira

(Escuela de Arte Dramático. Filosofía y Letras)

Divagaciones atadas después de una primera lectura de *Ritual de estío* de José Ramón Enríquez (publicado por Editorial Oasis, México, 1970)

“El teatro debe atacar lo que podría catalogarse como los complejos colectivos de la sociedad, el meollo del inconsciente colectivo o quizá de lo superconsciente (no importa como lo llamemos), los mitos que no son una invención de la mente, sino que, por decirlo así, nos han sido transmitidos por la sangre, la religión, la cultura y el medio ambiente”

Jerzy Grotowsky

I RESONANCIA INEXACTA

Y hubo un siglo cuya historia se contó entera y precisa con las siguientes palabras: “La energía es igual a la masa multiplicada por la velocidad de la luz elevada al cuadrado — $E=MC^2$.” Y no hubo más que preguntar ante el rigor de unas leyes y cánones que afirmaron que todo era estable y explicado, que el hombre era un número perfectamente conocido y elaborado en el matraz mismo que dio vida al gigantesco hongo atómico.

Y cuando el hombre perfecto se contempló violentamente roto y encerrado en una cueva primitiva, comenzó a sentir la fuerza eternamente aprisionada de su sangre, y sintió junto a su cuerpo otro cuerpo jadeante y sudoroso, entrelazado a él en un *agon* previsto por los historiadores más competentes de la época; entonces comenzó a reconocer el reverso de las profecías, se dio cuenta de que el tiempo no existía, que el futuro siempre es pasado y el pasado siempre está pasando, y sólo es eterno el vacío cuando se ama.

En la oscuridad de su lucha, de su ciega carrera de regreso, en su sangre derramada empezó a acordarse de la soledad de Apolo que conversa con Apolo —imagen que pudo haber sido—, del recuerdo —ansiedad agónica— del amado Jacinto nunca amado, para sentir, en el deseo inacabable de Dafnae huida, todo el peso del universo sobre su ingenua y solitaria espalda.

Y sintió nostalgia de Naxos, donde la esperanza de Ariadna se va flotando sobre la infinitud azul del mar para regresar siempre solitaria, en cada ola, a estrellarse contra el acantilado, en grito y filigrana de espuma. Para descubrir entonces que, en su soledad, Ariadna fue amada por Dionisos, y el eco cuenta eso por los siglos de los siglos para dar a luz una pregunta que se lanza a un *ser sin rostro*, que dispone los tiempos y los modos, e ir aún más allá de la respuesta sin preguntas, con el ansia de un reencuentro que descubra los añorados rasgos de un rostro nunca visto, pero bien conocido en la soledad esperanzada.

Y recordó las inquietudes de un niño que contempla la belleza tranquila de un jardín, e intuye ese camino imprevisto y adivinado, que olvida cuando aprende a responderse con palabras, deletreando un himno heredado desde antiguo.

Y cuando vuelve a contemplarse en su lucha, cuando es preciso dar entonces un paso, sabe que ya no es el mismo y no es posible perder el recuerdo, ni negar la sangre, ni olvidar el vacío, como no es posible ser más el hombre perfecto que conoce la ecuación

precisa del valor.

Y entonces, ¿qué decir a esta sociedad civilizada y progresista? ¿Cómo es posible atentar con una duda siquiera a la rigidez de las leyes establecidas? ¿Cómo es posible no comportarse según los cánones perfectamente descritos y redactados que definen la conducta “digna” y “madura” de los poseedores de la sabiduría? Entonces. . . no hay respuesta y sólo hay la conciencia de un vacío y comienza el canto de la palabra, el reencuentro con Telémaco, Apolo, Dionisos, y el amor por Jacinto, el deseo de Dafnae, la nostalgia de Naxos, el canto del eco, el himno del niño, y la pregunta que busca a tientas los rasgos de un rostro; empieza el movimiento sobre un escenario ardiente, contesta el coro, Ariadna y Dionisos se aman en escena, Telémaco huye, los cretenses siguen buscando un joven perfecto que sea capaz de mantener en todo su rigor las leyes establecidas. . . Comienza el Rito.

II. INUTIL Y BREVE COMENTARIO DE SOBRA Y DE CAJON

Si no es posible hablar de un movimiento de dramaturgia joven mexicana, es imposible situar a José Ramón Enríquez al nivel de sus coetáneos dramaturgos.

Sin embargo, toda presencia es importante en el desierto. Es necesario y significativo asistir al acontecimiento que supone la aparición de este nuevo canto dramático. Sin duda, la presencia de la validez del sueño de Enríquez es claramente importante en el ámbito de la nueva poesía mexicana, como lo es para la curva de un camino el descubrir una recta segura que lleva más allá.

Para la dramaturgia mexicana contemporánea en trance de agonía, *Ritual de estío* es síntoma de una respiración violenta que lucha por encontrar una atmósfera en la que sea posible sobrevivir a una nueva expresión; *Ritual*, que conjugue, supere y exprese unitariamente, la violencia poética, el conflicto interno y común sobre el recipiente de un inconsciente colectivo.

Enríquez intenta renovar el carácter poético del drama, despertar la somnolencia de la poesía y trascenderla en la recuperación de una acción ritual, ampliar el rincón de la intimidad lírica en transporte desahogado al reconocimiento de una misma sangre, de un conflicto común, en el horizonte inacabable del mito colectivo.

Enríquez se adentra así como un refuerzo, en el laberinto que descubrió un día Alfonso Reyes, cuando escribió *Ifigenia cruel*, que más tarde intentó Usigli con los rípios de *Corona de fuego*, que confirmó la nueva luz de Octavio Paz con *La hija de Rappaccini*, para quedar sólo unos ecos lejanos en *A la Beocia* de Héctor Mendoza. Y sin embargo es un desafío siempre nuevo, que asume —sin límites de identidad nacional— Julio Cortázar en *Los reyes*.

Encontrado en esta trayectoria, *Ritual de estío* se adentra en el remolino del conflicto de corrientes, donde el teatro actual está llamado a ser o barco que naufraga o volcán que nace. En este sentido, Enríquez asume de frente y de lleno la necesidad y los riesgos de un teatro ritual, planteado por Jerzy Grotowsky como la única y exigente alternativa en el camino de recuperación del teatro perdido.

Sin embargo, *Ritual de estío* no se libra de la polémica sobre el texto y la interpretación escénica, pero se presenta con la violenta candidez del catecúmeno ante el examen de los sacerdotes del nuevo testamento del teatro. ¿Resistirá? En todo caso este ritual es una búsqueda cínica de una verdad perdida, de una identidad subjetiva perdida, sin duda, pero que se adentra tanto, que roza sin clemencia el nervio dormido de una colectividad —juventud de hoy, de siempre— que deambula en los ámbitos del anonimato existencial.

Así, *Ritual de estío* nos significa el desafío de soportar ser partícipe de una poesía que necesita la encarnación sudorosa del movimiento escénico, de una carne convertida en metáfora, de un personaje: — ¡conquista fácil del teatro psicológico! — desgajado en dos YO entrelazados por la lucha, aprender a hablar con la soledad que sale de un espejo y perderse en la ceremonia de un mito colectivo en busca precipitada de la identidad perdida.

